

tividad, pero también la absoluta objetividad; es siempre la negación del diálogo, de la conciliación, de la trascendencia, de la fecunda unión de lo distinto. El infierno es la vuelta sobre lo mismo, la unión homosexual, la negación del otro, la negación de Dios. Pero asimismo existe la posibilidad, y la literatura nos lo enseña, de un *concepto fecundo del infierno*. El infierno como lugar de pasaje peligroso pertenece a una tradición iniciática y secreta que se pone de manifiesto, en forma sutil, a través de las mayores creaciones literarias de Occidente. Nada extraño, ya que es ésta, acaso, la civilización a la que con mejores fueros le corresponde al atributo de haber desarrollado históricamente un pasaje por los infiernos.

En el Canto XI de la *Odisea*, el descenso del héroe lo pone en contacto con los muertos y le permite conocer el destino de sus acompañantes. También Odiseo se interna, como luego Eneas y más adelante Don Quijote o Fernando, en aguas cenagosas, en zonas subterráneas, en las riberas del Tártaro. En esas profundidades, ya sea que se las interpreta desde el ángulo psicológico o bien se la proyecta al nivel metafísico que convocan, se aprenden los grandes secretos de la vida y de la muerte que permiten al osado retornar al mundo con sabiduría.

También en esta línea se ubican las grandes creaciones de Goethe, Baudelaire, Rimbaud, Nerval y la gran novela contemporánea de Europa y América. Se descubre el vínculo secreto entre el mundo visible, del cual el personaje pregunta luego si será el verdadero, y el mundo invisible, en el que moran seres intermediarios con tanta realidad como la nuestra. La relación entre ambos mundos, tajante y definitiva para Platón y para la corriente del racionalismo, es para la vía aludida en la literatura y en el pensamiento cristiano, fluida y continuada. El sueño, las premoniciones, las vías no racionales, son precisamente las que permiten acceder a ese mundo ulterior, cuyo atractivo abisal es afrontado por el héroe, tal como lo veremos en la corriente mencionada.

Los surrealistas, que tanto influyeron en el comienzo del periplo de Sábato, recorrieron esta vía, no siempre hasta sus últimas consecuencias ni con la misma aceptación clara y consciente de sus resultados.

El tema del mal es vasto e intrincado y su simbolización y teorización corresponden de modo privilegiado, como dije, al mundo occidental. Podría llegar a admitirse incluso la enorme importancia que adquiere el tema del mal dentro del cristianismo; la conciencia de los opuestos, grabada en el símbolo crucial, exige la aceptación del mal

y la posibilidad de su redención superadora, verdad ésta que es todavía escándalo para muchos. Los románticos, que llevan a un máximo grado esa conciencia, lo vieron así. No es extraña entonces la vigencia del arquetipo luciferino, siempre presente en la tradición popular, en una larga tradición de escritores. George Bataille afirma que «*el hombre no vive sólo en la órbita de la razón, también es suya la pasión incentivada por las prohibiciones; la infracción crea el desorden, pero éste es incentivo o, por lo menos, puede serlo, para una restauración más rica y consciente del orden primitivo*». El mal deja así de ser percibido como antagónico e irreductible. Así como la muerte es complemento de la vida, el mal se vuelve complemento del bien.

En la tragedia antigua, Dionisos, equivalente de Satán en cuanto símbolo de la naturaleza, era honrado y respetado como liberador de energías negativas y, por tanto, estaba ligado a ritos iniciáticos y salvíficos. Platón encabeza una línea de rechazo del mundo de sombras, lo cual comporta simbólicamente el rechazo y condenación de la mujer, de la naturaleza, de la sexualidad, camino que será enfatizado por el Occidente, en tanto la otra vía, cristiana, resultará marginal, oculta, viva en la tradición popular o en el mundo simbólico de los poetas.

El tigre de Blake tiene una permanente presencia en las letras modernas bajo las formas más diversas. Decía Blake: «Nada avanza, sino por el acercamiento de los contrarios.» Desde luego, este rumbo conoce también excesos que no parecen generadores, sino que desembocan en la negación pura. Sartre o Genet tal vez se encuentren en esta vía, que, no obstante, se vuelve positiva si se considera al momento de la negación como instancia crítica que ayudará a otros a una superación.

El escritor cristiano enlaza las antinomias en un impulso integrador. Si el racionalismo griego, que no abarca *toda* la filosofía griega, cae en la condenación de la alteridad y, por tanto, en la negación de la mujer, es esencial al cristianismo la postura contraria, que significa *la dignificación de la mujer y la apertura al otro*, ya sea en el plano espiritual, en el comercio sexual o en el diálogo de las razas y los pueblos. Estamos rastreando aquí entonces la base de un principio integrador que permite avanzar, como quería Blake, sobre *la unión del cielo y del infierno*.

Pretendo señalar rápidamente la originalidad y profundidad de este plante en la obra de Sábato y además hago de él el centro de su actitud filosófica y de su cuestionamiento profundo a la modernidad occidental.

El platonismo gira alrededor de la idea del bien simbolizado por el sol que otorga visibilidad a todas las cosas al iluminarlas. El bien se transforma en fundamento ontológico de los seres ideales. La aventura de los personajes protagónicos de Sábato se cumple en otra dirección; Fernando, lanzado a la deriva en un lago, es vigilado por un cíclope cuya presencia le impide volver atrás. Al observar este mundo de sombras, está lejos de introducirse en un mundo apariencial; se enfrenta con un mundo de realidades infernales que también tienen relación con nuestro ser y que sólo siendo conocido podrá ser ordenado, es decir, sometido.

La ceguera es el modelo de conocimiento adecuado a ese mundo tenebroso, de ahí la metáfora del enceguecimiento de Fernando por obra de un pájaro gigantesco y su unión con la ciega. El sol nocturno de Nerval ilumina la experiencia novelística de Sábato, ligada a los aspectos iniciativos del romanticismo moderno y, por tanto, a la vía profunda del pensamiento cristiano.

La investigación de las tinieblas se liga, pues, con toda evidencia a una indagación en el principio femenino. Al decir lo femenino, desde luego, estamos postulando un principio más allá de la mujer, para significar en distintos planos toda una serie de valores análogos; el caos y la noche, lo primordial, las aguas, la tierra, el infierno como valores de lo femenino, se oponen al cosmos, al día, la creación, el fuego, el aire, el cielo, principios masculinos, pero en un orden simbólico, ambos se entrecruzan dando origen a la vida y fecundándose dialécticamente.

En los mitos del Génesis más conocidos suele presentarse a la mujer como elemento del mal, así: Eva-Pandora-Elena es ella la que por su habilidad y receptividad se constituye en vía predilecta para el accionar de las fuerzas disociadoras y corruptoras. Pero sólo una lectura simplista del mito podría dejar así las cosas; en el fondo, la mujer, con su dimensión de iniciadora y propiciadora del cambio, en uno u otro sentido, es la iniciadora en el mal, en el sexo, la temporalidad, la historia. Se nace del cuerpo de la mujer y ese nacimiento es una caída con relación a un estado paradisiaco anterior.

La vida misma en ese sentido podría entenderse como una inmersión en el mal, en el mundo de la materia. Ese mundo, sin embargo, también es redimible y he allí la profunda lección del cristianismo, que en buena medida ha venido a ser interpretada y sacada a la luz por los escritores y por los poetas. Es desde la mujer, desde la materia, desde la tiniebla del suceder, desde donde es posible producir *un nuevo alumbramiento*. De ahí la profundidad metafórica que ad-